



agoreros, ni vino en quebrantar por su causa las leyes del hospedaje; contentóse con que don Alonso le hiciese de nuevo pleito homenaje, que le sería amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo: por otra parte el rey D. Sancho, feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reino de Leon, en que otras se apoderó por fuerza de armas. En particular, la ciudad de Leon, al principio le cerró las puertas, pero al fin, con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á ejemplo de las demas ciudades, se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reinaba con pocas fuerzas por tener el reino dividido en bandos, y estar disgustados contra él los naturales á causa de los muchos tributos que les imponia, de cada dia máyores y más graves: el mayor daño, que se dejaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenía con él gran cabida, que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen, se atribuyen á ellos mismos; y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado, que suelen pagar con la vida la demasiada privanza, como sucedió en este caso: ca los caballeros, indignados por aquella causa, dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y áun pasaron tan adelante, que por sospechase de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reino: menospreciaban, es á saber, al que vian dejarse gobernar por hombre semejante; y sin duda es señal que el príncipe no es grande cuando sus criados son muy poderosos.

En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el rey D. Sancho acometió á tomalla. Don García, visto que por estar los suyos alborota-

dos no podria contrastar á las fuerzas de su hermano, con solos trescientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra acudió á los moros de Portugal. Persuadiales le ayudasen con sus fuerzas; que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos. Que se apiadasen de su trabajo, y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera para asegurar sus cosas y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salia con aquella pretension, no pararia hasta enseñorearse de todo. Representábalos los intereses que podian esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y él se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. Á estas razones respondieron los moros que les pesaba de su mal, pero que no les venia á cuento meter en peligro sus cosas por ayudarle, y mucho ménos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenía. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura, alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio al rey D. Sancho, otros por tener parte en la presa, parte moros, parte cristianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reino; los pueblos y ciudades de Portugal fácilmente se le rendian. Acudió el rey D. Sancho para atajar esta llama: llegó con su gente hasta Santaren, que antiguamente fué Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por el rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fué grande, muchos prisioneros, y entre los demas el mismo D. García, que llevaron al castillo de Luna en Galicia, donde pasó en prisiones lo que restó de la vida, pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuidado y flojo, suelto de lengua, y no bastante para tan grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

CAPITULO XXXIX

Cómo el rey D. Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el rey D. Sancho con os dos hermanos, luégo que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó más soberbio que ántes y más orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasias semejantes, y volver por los que injustamente padecen; ni consideraba cuánta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometiase una larga vida, muchos y alegres años sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, sólo quedaban las dos hermanas, que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba, era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reino en tantas partes: la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenían apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal, y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho

valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra.

El rey, visto que por voluntad no vendrian en ningun partido, ni se le querian entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa: el cerco se apretaba, combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrian los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto, llamado Bellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al rey: decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos, y áun mostrar la parte más flaca del muro y más á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean: salió el rey acompañado de sólo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél más confianza de lo que fuera razon, que fué causa de su muerte, porque es-



tando descuidado y sin recelo de semejante traición, Bellido Dolfos le tiró un venablo que traía en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte á parte: extraño atrevimiento y desgraciada muerte, más que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada.

Bellido, luégo que hizo el golpe, se encomendó á los piés con intento de recogerse á la ciudad. Los soldados, que oyeron las voces y gemidos del rey, que se revolcaba en su sangre, fueron en pos del matador, y entre los demas el Cid, que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande, y no le pudieron alcanzar; que las guardas le abrieron la puerta más cercana, y por ella se entró en la ciudad. Esto dió ocasion para que los de la parte del rey se persuadiesen fué aquel caso pensado, y que los demas ciudadanos, ó muchos dellos, eran en él participantes. Los soldados de Leon y de Galicia no sentían bien del rey muerto, ni les agradaban sus empresas, y así, sin detenerse más tiempo, desampararon las banderas y se fueron á sus casas. Los de Castilla, como más obligados y más antiguos vasallos, parte dellos con gran sentimiento, llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do le sepultaron y hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traición. Amenazaban de asolar la ciudad, y dar la muerte á todas los moradores, como á traidores y participantes en aquel trato y aleve.

En particular D. Diego Ordoñez, de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brío, salió á la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas armas y en su caballo; y desde un lugar alto, para que lo pudiesen oír, henchía los aires de voces y fieros, amenazaba de

destruir y asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las hierbas y los árboles, sin perdonar á cosa alguna.

Los ciudadanos, entre el miedo que se les representaba y la vergüenza de lo que dellos dirían, no se atrevían á chistar; el miedo podía más que la mengua y quiebra de la honra. Sólo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera excusar, determinó de salir á la demanda, y ofreció á sí y á sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenían en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad, fuese obligado para probar su intencion hacer campo con cinco cada uno de por sí. Salieron al palenque y á la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su orden, Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres murieron á manos de D. Diego Ordoñez, que peleaba con esfuerzo muy grande. Sólo el tercero, bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas; espantado el caballo, se alborotó de manera que sin poderle detener salió y sacó á D. Diego de la palizada, lo que no se puede hacer conforme á las leyes del desafío, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron á los jueces que tenían señalados: los de Zamora alegaban la costumbre recibida, el retador se defendía con que aquello sucedió acaso, y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvían, y con aquel silencio parecía favorecían á los ciudadanos. Desta manera se acabó aquel debate, que sin duda fué muy señalado, como se entiende por las corónicas de España y lo dan á entender los romances viejos que andan en este propósito y se suelen cantar á la vihuela en España, de sonada apacible y agradable.

CAPÍTULO XL

Cómo volvió el rey D. Alonso á su reino.

Esto pasaba en Zamora: doña Urraca, cuidada de lo que podría resultar en el reino despues de la muerte de su hermano y por el amor que tenía á D. Alonso, que deseaba sucediese en su lugar y recobrase su reino, acordó despachalle un mensajero á Toledo para avisalle de todo, y en particular de la desastada muerte de su hermano. Dió al mensajero señas secretas para que se certificase que ella misma le enviaba las cartas en cifra por lo que pudiese suceder, que nadie las entendiese dado caso que se las tomasen. Lo que contenían, en suma, era: que no hay en el mundo alegría pura que no vaya destemplada con tristeza; que el rey D. Sancho era muerto por traición de Vellido Dolfos; que si bien tenía merecida la muerte y los tenía á todos agraviados, en fin era hijo de sus padres, y fuerza se doliesen de su triste suerte; que muy presto se alzaría el cerco de Zamora, si bien D. Diego Ordoñez cargaba á los ciudadanos de traidores como participantes en aquel caso, y los retaba resuelto de proballes en campo y por las armas aquel aleve: lo que hacia al caso, y ella siempre deseára y lo suplicára á Dios, era que él, como deudo más cercano, era llamado á la corona para que recobrase su reino y sucediese en lo demas; por tanto, que abreviase para prevenir los intentos de gente no bien intencionada, granjear y conquistar las voluntades de todos

los vasallos; finalmente, que se guardase de gastar el tiempo en demandas y respuestas, consultas y dudas fuera de sazón, pues en casos semejantes no hay cosa más saludable que la presteza. Esto contenía la carta. Muchas escuchas de moros que andaban mezclados entre los cristianos, avisaron primero al rey moro de lo que pasaba y la fama que en casos semejantes siempre se adelanta y vuela.

Peranzules, que por conjeturas que para ello tenía, cada dia esperaba algun truco y mudanza, salía cada dia en són de caza de la ciudad de Toledo, por espacio de una legua, para informarse de los caminantes y saber lo que pasaba. Con este cuidado hobo á las manos una ó dos espías de los moros que venían con aquel aviso, y sacados del camino, por encubrir las nuevas si pudiera, les dió la muerte: finalmente, encontró con el mensajero de la infanta, informóse en particular de todo, y con tanto dió vuelta para la ciudad, y avisó á don Alonso de lo que venía en las cartas y el mensajero decia. Aconsejábale que con todo el secreto posible, sin dar parte al rey moro, se partiese prestamente; á la verdad, parecia recia cosa fiarse de los moros, que como tales poca lealtad suelen guardar, además de otros inconvenientes que podían resultar, que el miedo y el amor suelen hacer mayores de lo que son. D. Alonso estaba perplejo sin saber



cuál partido seguir y qué consejo tomar. Parecía bien lo que aquel caballero le decía; mas por otra parte, se le hacia de mal mostrarse descortés con quien le tenía tan obligado. Resolvióse, finalmente, de seguir lo que parecía más seguro y más honesto. Habló con el rey Almenon; avisóle de todo lo que ya él mismo sabía, aunque disimulaba; pidióle licencia para tomar posesion del reino, á que los suyos le convidaban; que no le pareció justo partirse sin su voluntad, y sin que lo supiese de quien tantos regalos tenía recibidos.

El bárbaro, vencido con esta cortesía y lealtad, respondió se holgaba mucho que le ofreciesen el reino, y mucho más que con aquella cortesía le quitase la ocasion de trocar las buenas obras que le hiciera, menores que él merecía, y él mismo deseaba, en algun desabrimiento, si se pretendiera ir sin que él lo supiese, y sin dalle parte de lo que por otra via muy bien sabía; y áun le tenía tomados los pasos, y en los caminos puestas guardas, para que no se le pudiese escapar, si por ventura lo intentase: que muy en buen hora fuese á tomar la corona que le ofrecían; sólo quería que para seguridad de la amistad que tenían puesta, le hiciese de nuevo el juramento que le tenía hecho de ser verdadero amigo suyo, como de su hijo Hissem, para no faltar jamas en la fe y palabra que se daban, pues ponian á Dios por juez y por testigo de aquella confederacion y amistad. Hizose todo como el moro lo pedia: ayudóle con dineros para el camino, y áun para más honrarle, al partirse le acompañó por algun buen espacio: ejemplo singular de fidelidad y templanza en un rey bárbaro como aquel. Lo que se ha dicho, tengo por más cierto que lo que refiere D. Lúcas de Tuy, es á saber: que sin que el rey lo supiese se descolgó por los adarves, y se huyó en postas que le tenían aprestadas.

De cualquier manera que ello fuese, él enderezó su camino á Zamora, donde la infanta le esperaba, y á quien siempre tuvo en lugar de madre; consultó con ella lo que debia hacer, despachó sus correos por todas partes para avisar de su venida. Los de Leon no mostraron dificultad alguna, ántes con gran voluntad le re-

cibieron y alzaron por su rey. Los de Galicia andaba en balanzas á causa que su hermano don García por la mudanza de los tiempos escapó de la prision, y pretendia restituirse en el reino que ántes tenía. Acordó D. Alonso por excusar alteraciones enviale personas nobles y principales que le requiriesen de paz, los cuales por ser él de buena condicion y sencillo le persuadieron lo que deseaban; ántes sin recelarse de alguna celada, ni pedir otra seguridad se vino para su hermano, confiado alcanzaria dél por bien lo que pretendia. Engañóle su esperanza, ca luégo le echaron las manos, y le quitaron la libertad y volvieron á la prision que le duró todo el tiempo de la vida. El recelo que de su condicion se tenía, no muy sosegada, que sería ocasion de alborotos y alteraciones, excusan en parte este desaguisado que se le hizo, demas del buen tratamiento que tuvo en la prision, si la falta de la libertad y el reino que le quitaban se pudieran recompensar con alguna otra comodidad y regalo. Con esto quedó llano lo de Galicia.

Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Búrgos para acordar lo que se debia hacer; la resolucion fué de recibir á D. Alonso por rey de Castilla, á tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. D. Alonso avisado desto se partió para aquella ciudad: los más de los presentes se recelaban de tomarle la jura por pensar lo tendria por desacato, y para adelante se satisfaria de cualquiera que lo intentase: sólo el Cid, como era de grande ánimo, se atrevió á tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento.

En la Iglesia de Santa Gadea de Búrgos le tomó el juramento, que en suma era no tuvo parte en la muerte de su hermano, ni fué della sabidor: si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron. Acabada esta ceremonia, á voz de pregonero alzaron por D. Alonso los pendones de Castilla, y le declararon por rey con grande muestra de alegría y muchas fiestas que por aquella se hicieron. Disimuló el rey por entónces el desacato: mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedia; pero quedó en



su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente los mostraron; además que algunos cortesanos, que suelen su mal término atizar los disgustos de los príncipes, y mirar con malos ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignacion del rey.

Tenía D. Alonso treinta y siete años cuando volvió al reino. Fué diestro en la guerra; por esta causa le llamaron D. Alonso el Bravo. Era prudente y templado en el gobierno, de noble condicion y modesto, virtudes á que de suyo era inclinado, y las adversidades y trabajos que padeció, mucho le afinaron más. Su franqueza y liberalidad fué extremada, tanto que parecia en hacer mercedes consumir las riquezas y tesoros reales. La muerte del rey don Sancho y la restitucion de D. Alonso sucedió el año que se contaba de Cristo de mil setenta y tres. En el mismo el cardenal Hildebrando entró en el pontificado por muerte de Alejandro II, y se llamó Gregorio VII; persona de singular virtud, grandeza de ánimo y constancia, como lo mostró en la enemiga que por toda la vida tuvo con el emperador Enrique, tercero deste nombre, sobre defender la libertad de la

Iglesia que aquel príncipe pretendia atropellar.

En España este mismo año, Santo Domingo de Silos, monje cluniacense, varon de conocida santidad, finó á veinte de Diciembre dia viérnes: su fiesta se celebra cada año en España. Nació este santo en la Rioja, en un pueblo llamado Cañas: de pastor que fué, entró monje en San Millan de la Cogulla: con el tiempo vino á ser allí abad, mandóle desterrar el rey D. García de Navarra, porque defendia con mucha fuerza las exenciones de sus monjes y sus privilegios, de donde tomó el nombre en latin (como yo creo) que se dijo Exiliensis, Silos en romance. El monasterio que á la razon se llamaba de San Sebastian, le reparó este santo los años pasados con ayuda del rey D. Fernando; y adelante mudó el nombre y se llamó de Santo Domingo de Silos, no sólo el monasterio, sino el pueblo que está junto á él en el valle de Tablatello, diez leguas de Búrgos, en unos ásperos riscos, camino derecho de Santistéban de Gormaz. No quise dejar esto por la noticia de la antigüedad, y por ser este monasterio muy nombrado. Volvamos á los hechos de los reyes y al órden de la historia como iba ántes.